

PALABRAS DEL SEÑOR VICEPRESIDENTE DE LA REPÚBLICA, GUSTAVO BELL LEMUS, CON MOTIVO DE LA INSTALACIÓN DEL SEMINARIO “PROGRAMAS DE DESARROLLO PARA LA PAZ”.

Bogotá. Marzo 29 de 2001

La consecución de la paz, esa meta a la cual todos los aquí presentes aspiramos, es un proceso con muchas caras. Buena parte de los equívocos en torno al tema se deben precisamente a la pretensión, propia de algunos cartógrafos de nuestra realidad, de reducirla a las limitadas convenciones de sus mapas. Esto es un error no sólo analítico sino también político: eludir la complejidad de los problemas, mediante salidas quizás populares pero, en el fondo, facilistas y obtusas, no contribuye a solucionarlos sino, en realidad, a ahondarlos más profundamente. El seminario al que hoy concurrimos, ya es un freno, desde el campo de las ideas, a este tipo de alternativas.

Hablar de alcanzar la paz es hablar de una estrategia compleja y coordinada de múltiples planes. Aunque el más protagónico sea el de la negociación política con las organizaciones alzadas en armas, no hay que olvidar que, alrededor de éste, deben articularse los programas de

prevención de la violencia en la vida cotidiana, de mejoramiento de las capacidades de la rama judicial para hacer cumplir la ley, de recomposición de las facultades de comunicación y participación de la sociedad y, por supuesto, de la vigilancia y defensa de los derechos humanos de primera, segunda y tercera generación. Un resultado sólido y sostenible exige coordinar todos los niveles.

Si bien el cese al fuego sería un hecho fundamental, resulta insoslayable que la guerra ha dejado secuelas que no se borran con una firma: las licencias respecto a la legalidad, el temor de adelantar cualquier actividad pública, la desconfianza frente a toda posición contraria, la aceptación de formas ilegítimas de enriquecimiento y el hábito de resolver los conflictos por la fuerza exigen una reconstrucción de valores, de solidaridades y de tipos de conducta que sobrepasarían a ese hecho puntual. El cese de la confrontación armada, cosa que no ven los propulsores del autoritarismo, es el comienzo de la reconstitución del orden social del país.

El mejor escenario para realizar tal reconstrucción es, sin duda, el ámbito local y regional. Repetidas veces he manifestado que es en estos espacios, cada vez más

autónomos gracias al impulso de la descentralización, donde se juega más intensamente el futuro de nuestra democracia. Fortalecerlos, entonces, mediante programas que promuevan alternativas económicas útiles para mejorar la vida de la población pero que, a la vez, con el trabajo conjunto de los más importantes actores regionales, promuevan la construcción de espacios de deliberación y construcción de consensos, es asegurarnos de que nuestra democracia sea cada vez más sólida y duradera.

Es importante destacar que, dentro de los distintos niveles requeridos para conseguir la paz, uno de los más fundamentales es el de fortalecer la participación y la capacidad de diálogo de los miembros de las comunidades. Algunos estudios han demostrado cómo los niveles de asociación y acción colectiva a nivel local son inversamente proporcionales a los grados de intensidad de la violencia. En esa medida, cuanto más presencia tiene el fantasma de la violencia, menor es la confianza y la cooperación entre los individuos para alcanzar objetivos comunes.

El temor ante los espacios públicos y las actividades colectivas, producido por la intimidación, sumado a la

fragmentación de las comunidades como resultado de los desplazamientos, es enemigo mortal de la fe en las instituciones formales e informales.

Sin embargo, el proceso funciona en una doble vía. Así como la violencia elimina las redes y normas que crean reciprocidad y confianza, esto es, el capital social, también el capital social es un antídoto contra la violencia. La institucionalización de múltiples espacios de coordinación de acciones y comunicación es un camino esencial para lograr, no sólo un mayor desarrollo económico de las comunidades, sino una extendida solución pacífica de sus posibles conflictos.

Cada uno de estos espacios tiene sus particularidades. Esa es su gran riqueza. Para tener una visión integral de las causas, dinámicas y manifestaciones del conflicto, y, a su vez, para poder pensar en los mejores mecanismos y formas de organización capaces de regularlo, se requiere incluir siempre sus singulares características culturales, sociales, geográficas e históricas. Como nadie las conoce mejor que quienes habitan en una zona de conflicto, son ellos quienes, en colaboración con otras organizaciones, pueden realizar los mejores aportes sobre el diseño y puesta en marcha de dichos

mecanismos. Cada municipio y región se convierte así en un cogestor de su propio bienestar.

De esta manera, logrando el empoderamiento de las comunidades, ampliando y multiplicando sus redes, dotándolas de la capacidad de conseguir su propio sostenimiento, recuperando sus experiencias y perspectivas y, por último, fortaleciendo las reglas y normas que crean confianza, se rescata una parte significativa de la complejidad del tema de la paz.

Los grandes procesos, cuyos efectos se difunden de arriba hacia abajo, es decir, desde los contactos entre la cúpula del Estado y los líderes de las organizaciones subversivas, hacia la cotidianidad de la vida en cada uno de los municipios colombianos, se complementan con aquellos que parten desde las bases de la vida comunitaria para luego transformar el funcionamiento de las grandes instituciones. Ninguno de los dos niveles puede abandonarse.

El Estado mismo es y será un gran beneficiario de la consolidación de este capital social en las bases. Dado que la sociedad civil, de una u otra manera, da expresión política al

capital social y que, por otra parte, como lo han reiterado algunos teóricos de la democracia, una sociedad civil fuerte es un componente fundamental para que los Estados sean representativos, eficientes y legítimos, entonces robustecer las capacidades organizativas de los habitantes de nuestros municipios y regiones, llevará a que el Estado colombiano se integre, más fielmente y con mayor cobertura, a las necesidades de la población.

Apreciados amigos:

Por todo lo antes mencionado, el seminario de “Programas de desarrollo para la paz” será para los aquí presentes, y también para los que luego evaluarán en los municipios nuestras reflexiones, una inmensa ganancia. Para instituciones como la Iglesia, las cámaras de comercio, las universidades, los gremios empresariales y las organizaciones no gubernamentales, que vienen liderando iniciativas de construcción de paz a nivel local, será un aprendizaje que enriquecerá sus programas.

Para el Gobierno Nacional, y especialmente para instituciones como el Departamento de Planeación Nacional o el Ministerio

del Interior, será una manera de perfeccionar sus medidas y de emprender más acciones multisectoriales.

Para organizaciones internacionales, como el Banco Interamericano de Desarrollo o el Banco Mundial, representará una oportunidad para ver el resultado de su cooperación o las nuevas oportunidades para ampliarla.

Pero, sobre todo, para los beneficiarios de los proyectos que ya se adelantan -como el reconocido programa del Magdalena Medio-, para los que recientemente han comenzado -como sucede en el oriente antioqueño, en el piedemonte del Meta, en Norte de Santander o en el Valle del Cauca-, y para los que aún vendrán, es un excelente escenario de promoción de sus esfuerzos y de recolección de información capaz de mejorar, cada día más, su nivel de vida.

Con el seminario de “Programas de desarrollo para la paz” ganamos todos o, lo que es lo mismo, gana el país.

Muchas gracias